

***XXIII Congreso Nacional De Estudios Electorales Partidos y Elecciones en la
Disputa Nacional***

Nuevo Vallarta, Nayarit, 31 de Octubre, 1 y 2 De Noviembre De 2012.

Tema V. Encuestas y Comportamiento Electoral

PARTICIPACIÓN EN LA ELECCIÓN FEDERAL 2012.

¿COMPROMISO CIUDADANO O ACTUALIZACIÓN DEL PADRÓN?

Marcela Ávila Eggleton

Universidad Autónoma de Querétaro

Abstract

La participación en el Proceso Electoral Federal 2012 muestra que la tendencia a la baja en la participación se ha revertido a partir de las elecciones de 2009. Las variables que pudieran explicarlo son múltiples y obedecen a factores técnicos, institucionales y políticos. Este trabajo esboza algunas hipótesis en torno al resultado del proceso electoral en términos de participación con base en el supuesto de que existe una estrecha relación entre instituciones y contextos.

Palabras clave: participación electoral, instituciones, racionalidad.

1. INTRODUCCIÓN

La participación electoral es la actividad política más frecuente en las sociedades democráticas y, por ello, una de las más estudiadas; quizá por ello es, también, una de las prácticas políticas que suscita más explicaciones alternativas. Desde la perspectiva racional, resulta paradójico que los electores acudan a las urnas cuando les implica costos —en ocasiones muy elevados— y les reporta una utilidad cercana a cero. Con base en dicha paradoja, se busca presentar algunas razones de la participación electoral en el Proceso Electoral Federal 2012 al tiempo que se intenta comprender el cambio en la tendencia de la participación que se registra a partir de 2009.

A partir de 1994 se ha registrado una disminución de la participación en las elecciones federales en México. Diversos estudios (Buendía, 2000; Buendía & Somuano, 2003; De la Peña, 2005; Holzner, 2007; Espinoza Valle, 2009; Morales Garza, et. al: 2011) documentan la baja en la participación argumentando una serie de factores de orden técnico, institucional, socioeconómico, político y del sistema de partidos. Sin embargo, el Proceso Electoral Federal 2012 no sólo mostró un incremento considerable en la participación con respecto a la elección de 2006 –a pesar de que había diversos factores en el escenario que pronosticaban lo contrario- sino que confirmó que la tendencia a la baja en la participación había comenzado a revertirse desde 2009.

El trabajo que aquí se presenta esboza algunas hipótesis en torno al resultado del proceso electoral en términos de participación con base en el supuesto de que existe una estrecha relación entre instituciones y contextos que se manifiesta, al menos, de dos formas: primera, las instituciones formales e informales inciden en el comportamiento electoral y las preferencias, actitudes y comportamientos de los individuos se reflejan en el establecimiento y funcionamiento de dichas instituciones. Segunda, los ciudadanos están expuestos a contextos variables mismos que deben interpretar y, con base en ello, modificar (Anderson, 2007).

2. ESTUDIOS SOBRE EL VOTO: ¿QUIÉNES VOTAN? ¿POR QUÉ VOTAN?

La participación en los procesos electorales ha registrado una tendencia a la baja¹ desde principios de los años noventa (Blais, 2007). Esta disminución de la cantidad de votantes ha sido atribuida a remplazos generacionales (Miller & Shanks, 1996; Lyons & Alexander, 2000; Blais, et al. 2004), a las características de los procesos electorales (Franklin, 2004) y; a la caída en la movilización social (Gray & Caul, 2000), entre otras.

¹ Blais (2007) documenta una caída de entre 7 y 8 puntos porcentuales a partir de los noventa.

Sin embargo, para el caso mexicano, se observa una recuperación en la participación a partir del proceso electoral federal de 2009. La siguiente tabla muestra que la tendencia a la disminución en la participación se revierte después de 2006 y se manifiesta en los procesos federales de 2009 y 2012.

Tabla 1. Participación en Elecciones Federales (1991-2012)

Participación	1991	1994	1997	2000	2003	2006	2009	2012
Votos	24,032,482	34,686,916	29,771,911	37,165,393	26,651,645	41,195,198	34,560,344	49,817,272
% Votos	65.5%	75.9%	57.0%	63.2%	41.2%	57.72%	44.6%	62.7%

Fuente: Sitio web del Instituto Federal Electoral (IFE), <http://www.ife.org.mx>

Se han encontrado tres tipos de variables agregadas que podrían determinar la participación: factores socioeconómicos, institucionales o del sistema de partidos (Blais & Dobrzynska, 1998). Diversos estudios (Norris, 2002; Fornos, Power & Garand, 2004; Koch, 2007; Gomez & Hansford, 2010) han confirmado la relación entre el estadio de desarrollo económico de los países con la cantidad de votantes, pero la relación ha sido un tanto problemática. Algunos autores limitan esta relación a la comparación de países con bajo PIB o en vías de desarrollo con aquellos países con democracias y economías establecidas, pues no encuentran variaciones significativas cuando se comparan solamente los países desarrollados (Blais & Dobrzynska, 1998).

Entre las variables socioeconómicas utilizadas destacan el *tamaño de la población*, como factor para la evaluación que hacen los ciudadanos sobre la posibilidad de marcar la diferencia con su voto (Filer and Kenny, 1980; Hansen, 1994; Blais & Dobrzynska, 1998; Allers, 2000); la *concentración de la población* en zonas urbanas o rurales (Preuss, 1981; Cox & Munger, 1989; Filer et al., 1993); la *estabilidad de la población* como factor para evaluar el impacto a futuro del voto en legislación (Filer et al., 1993; Hoffman-Martinot, 1994); la *homogeneidad de la*

población (Zimmer, 1976; Oberholzer-Gee & Waldfogel, 2001) y; el *voto en la última elección* bajo el principio de que si los electores se sintieron recompensados por el voto en las elecciones anteriores y el desempeño consecuente del partido ganador, tendrán más incentivos para votar de nuevo (Bendor et al., 2003; Fowler, 2004).

Los estudios a gran escala sobre cultura política y su relación con el voto no se han desarrollado consistentemente en Latinoamérica de modo que puedan compararse, de manera sistemática, cambios en la cultura política producto de la renovación generacional o fuerzas externas -cambios de régimen, revoluciones, golpes de Estado u otros levantamientos- con diferencias en el tipo y cantidad de votantes. Algunas mediciones que toman en cuenta características sociodemográficas han encontrado que los jóvenes son el grupo poblacional que más se abstiene de participar, aunque las razones no sean muy claras; de tal forma que los grupos que más participan son aquellos adultos entre cincuenta y sesenta años, la mayoría hombres casados. Sin embargo, contradiciendo a este postulado, Morales Garza, et al. (2011) encontraron que aquellos ciudadanos mexicanos que se abstienen más de votar son los que tienen más alta escolaridad e ingresos medios *debido a que no logran ver traducido el esfuerzo personal que entraña una educación mayor en mejores niveles de vida*. En el mismo trabajo, encuentran que el grado de modernización de los ciudadanos explica en buena medida la participación y la abstención electorales; los actores modernos y los premodernos tradicionales (a diferencia de los postmodernos y los tipos mixtos) son los que presentan niveles más bajos de abstención, pero por razones distintas, unos como parte de una agenda de actitudes y actividades propias de quienes apoyan a las instituciones democráticas y, los otros, como respuesta a decisiones colectivas, intereses corporativos o privilegios del sistema.

Entre los factores institucionales, el que carga con un mayor peso explicativo es la obligatoriedad del voto (Blais, 2000; Perea, 2002; Louth & Hill, 2005; Powers, 2009). Veintitrés países cuentan actualmente con alguna disposición legal

obligando a sus ciudadanos a votar, pero sólo 10 de ellos tienen mecanismos para sancionar la falta de cumplimiento. En México, a pesar de que el voto es al tiempo un derecho y una obligación, al no haber sanción legal aplicable para la abstención, los efectos de la norma se diluyen. Sin embargo, hasta ahora, no existe un análisis contundente sobre la naturaleza de las sanciones, su severidad, ni de los costos y mecanismos de su aplicación.

La relación entre la representación proporcional y la participación ha sido discutida ampliamente, fomentando la creación de más partidos, dándole más opciones a los votantes, disminuyendo la cantidad de *votos desperdiciados* y creando incentivos para que los votantes, que no consideraban probable que algún candidato del partido con el que se identifican ganara en un sistema de mayoría relativa, consideren importante su boleta en un sistema proporcional (Karp & Banducci, 1999; Ladner & Milner, 1999; Blais & Aarts, 2006; Milner, 2009; Chen, 2011). No existe relación entre la desproporcionalidad y la participación electoral en las elecciones más cercanas al proceso de democratización, pero la relación se vuelve más visible mientras la democracia se consolida (Gallego, Rico & Anduiza, 2011), quizá por ello, para el caso latinoamericano estos preceptos no se mantienen (Pérez-Liñán, 2001; Fornos, Power & Garand, 2001).

El factor institucional que, para el caso mexicano, ha mostrado tener mayor poder explicativo es el tipo de elecciones. La concurrencia y el ciclo electoral tienen un impacto importante en términos de participación. Por un lado, existe una relación inversa entre concurrencia y abstención de modo que la participación se incrementa en la medida en que se llevan a cabo simultáneamente los procesos locales; por el otro, la participación se incrementa cuando coincide la elección del ejecutivo y el legislativo. El arrastre de la elección presidencial es relevante en términos de participación, debido a que la importancia de una elección para los votantes está relacionada con su percepción del poder depositado en el puesto. También es de esperarse que se presenten más ciudadanos a votar en las elecciones presidenciales que en las intermedias debido a que el impacto de las

campañas centradas en un personaje puede apelar más a los votantes (Blais, 2000)

Sin embargo, es preciso mencionar que como muestran Morales Garza, et al. (2011), el peso explicativo de la concurrencia se ha reducido de manera significativa a partir del proceso electoral de 2003 pasando de explicar el 50% de la variación en la abstención en dicho proceso a menos del 5% en 2009. El papel que juega esta variable en la participación será retomado más adelante.

Otras variables que pueden modificar la cantidad de ciudadanos que se acercan a las urnas son las características de las normas electorales; la forma en que los votantes tienen acceso a las casillas y boletas el día de la elección. Si las reglas están diseñadas para que los votantes encuentren fácilmente el lugar donde votan, se puedan identificar sin dificultad o incluso que las elecciones se realicen en un día al que los ciudadanos puedan asistir sin complicaciones. El cambio en los sitios de votación de una elección a otra ha probado tener un peso significativo para explicar la participación no sólo entre los distritos reordenados sino también un efecto diferenciado entre aquellos que se identifican con partidos distintos (Brady & McNulty, 2011). Los efectos de estas reglas electorales en la participación electoral son difíciles de medir y las diferentes configuraciones y variaciones dificultan las comparaciones.

Los dos factores relacionados al sistema de partidos más abordados en la literatura son el número de partidos y el índice de competitividad. La investigación sobre la condición de la fragmentación partidaria ha dado resultados contradictorios (Dittrich and Johansen, 1983; Hansen, 1994; Blais & Dobrzynska, 1998). Algunas teorías sobre el comportamiento del votante señalan que al tener más opciones, los electores encuentran una propuesta más cercana a su ordenamiento de preferencias lo que incrementa la probabilidad de que acudan a las urnas. Sin embargo, se ha encontrado que en los sistemas que tienen mayor número de partidos existe un porcentaje más reducido de participación electoral.

Existen explicaciones contrarias que sostienen que al incrementar el número de partidos, los recursos cognitivos necesarios para procesar la información también aumentan de modo que los ciudadanos menos preparados o dispuestos serán aquellos que participen menos. La relación de una baja participación electoral con un número alto de partidos políticos debe revisarse a la luz de las diferencias entre sistemas de representación proporcional y de mayoría.

Cuando la competitividad en una elección es alta, se espera un incremento en la participación producto de que los electores perciben mayor probabilidad de que su voto pueda hacer la diferencia entre el triunfo de un candidato que representa sus intereses y otro que no, o bien, de evitar que gane el candidato que considera más alejado de su estructura de preferencias. El cálculo de la diferencia entre los candidatos punteros puede no ser real, puede ser una percepción de un ciudadano o un grupo de ciudadanos; dependerá de la cantidad de información que el ciudadano posea, los recursos que está dispuesto a gastar para acceder a más información y, el ruido proveniente de los medios y las interacciones diarias con sus vecinos. Otra variable política puede ser el *gasto en las campañas*, aunque el resultado puede depender del mensaje utilizado, del partido que lo utiliza o de las elecciones en las que se presenta (Chapman & Palda, 1983; Hogan, 1999; Lau & Pomper, 2001). A este respecto y, para el caso mexicano, no hay evidencia aún del impacto del modelo de comunicación política implementado como resultado de la reforma electoral 2007-2008 sin embargo, existen diversas teorías en torno a que el acceso temprano a información sobre los procesos electorales favorece la participación.

La evaluación que los electores hacen sobre los candidatos o sobre sus partidos es una de las explicaciones más utilizadas para la participación y abstención electoral (Matsusaka & Palda, 1993; Franklin, 2004; Simonovits, 2012). Sin embargo, hay quienes argumentan que en las democracias menos desarrolladas, con niveles bajos de rendición de cuentas, el voto no impacta directamente en las políticas públicas (Dalton, 1996) y, por ello, los ciudadanos encuentran difícil hacer

un voto retrospectivo o prospectivo. Otros, considerando el creciente impacto explicativo de las coyunturas en la cantidad y la dirección del voto, han considerado, incluso, que las campañas y los candidatos pueden manipular los temas centrales de interés (Greene, 2009; Hart, 2012).

Downs (1957) sostiene que la decisión de votar está mediada por la probabilidad de afectar el resultado, los beneficios de que el candidato o partido deseado gane, el valor que se le da individual o colectivamente a la democracia y los costos de votar. En la medida en que aumenten las primeras tres categorías y la cuarta disminuya, será más probable que los ciudadanos voten. En este contexto, el votante acudirá a las urnas sólo en tanto la balanza de pagos le reporte más beneficios que costos. Owen y Grofman calcularon en 1984 que las probabilidades de que un votante en California influyera en el resultado de la elección de Carter y Reagan era de uno en 21,000 considerando que los dos candidatos tuvieran la misma probabilidad de ser votados y la decisión se tomara vía un “volado”. Sin embargo, apuntan, las elecciones son más complicadas que eso, las campañas, la identificación partidista y muchas variables más hacen que los ciudadanos no entren al lugar de votación con las mismas probabilidades de votar por cualquier candidato; en el caso de Carter y Reagan, las probabilidades de que un elector afectara el resultado de California y el de los Estados Unidos a favor de Carter eran lo más cercano a cero.

Blais (2007) completa las tres respuestas a “¿por qué la gente no vota?” propuestas por Verba, Brady y Scholzman (1995) añadiendo una cuarta: los ciudadanos no participan porque no pueden, porque no quieren, porque nadie se los ha pedido, o porque no importa. Los electores tienen que contar con los recursos materiales, cognitivos y la oportunidad de emitir su voto; deben estar interesados en el estado del funcionamiento del todo o una parte del sistema político y considerar que el voto es una herramienta útil para modificar o reforzar dicho sistema; deben sentir que los partidos o candidatos se han acercado a ellos, ya sea directamente, a través de su equipo, o a través de una campaña exitosa

que apele a sus intereses; y, de acuerdo a la teoría economicista de la acción política, los ciudadanos votarán sólo cuando consideren que su voto importa, que haría la diferencia entre el triunfo y la derrota del candidato de su preferencia en un escenario de competencia libre.

3. ESCENARIO 2012: ¿QUIÉNES VOTAN? ¿POR QUÉ VOTAN?

El Proceso Electoral Federal 2009 mostró por primera vez desde 1991 que la tendencia a la baja en la participación se revertía. Las causas del incremento en la participación son diversas, sin embargo, habría que considerar al sector de jóvenes que votaban por primera vez cuyo referente político más próximo era la elección de 2006; los efectos de la reforma electoral 2007-2008, en particular el nuevo modelo de comunicación política y, el funcionamiento de la democracia. Sin embargo, al tratarse de un caso aislado, no podía esperarse que fuera el comienzo de una tendencia a la alza en la participación. Si 2009 no fue un caso atípico, podría haber elementos comunes entre los procesos electorales de 2009 y 2012.

El contexto en el que inicia el proceso electoral 2012 daba razones para pensar en 2009 como un hecho aislado y esta percepción se mantendría hasta la mitad de las campañas. Para principios de marzo de 2012, no parecía que las variables técnicas e institucionales pudieran tener el peso suficiente para revertir la tendencia de reducción en la participación.

Si bien se llevó a cabo un trabajo exhaustivo para actualizar el padrón y, con ello, se incrementó 10.77% el porcentaje de ciudadanos que, de hecho, podían emitir su voto y; tomando en consideración el planteamiento de Morales Garza, et. al (2011) que estima la abstención técnica —es decir, aquella producto de la desactualización del padrón- para el proceso electoral de 2009 en un rango de 9.4 a 13.82%, la sola actualización no parecía ser suficiente para explicar que se

revertiera la tendencia, máxime considerando las variables políticas, en especial, la competitividad, así como la pérdida de poder explicativo de la concurrencia.

En lo que respecta a las variables políticas, el margen de victoria -medida de la competitividad- oscilaba en promedio en las encuestas entre 9 y 23² puntos porcentuales. Evaluando el contexto al inicio de las campañas a la luz de la teoría económica de la acción política, donde los ciudadanos acuden a las urnas sólo en la medida en que los beneficios percibidos superan los costos de votar; esto es, partiendo de que acudirían a emitir el sufragio sólo en tanto la probabilidad de que su voto haga la diferencia en la defensa de la agenda de gobierno o candidato que considera como los más adecuados sea mayor a cero. Como la probabilidad es muy cercana a cero, casi cualquier costo resulta suficientemente alto para alejar a los ciudadanos de las urnas; desde esta perspectiva, no se vislumbraba que pudiera revertirse la tendencia a la baja en la participación dado un escenario donde la diferencia entre el primer y el segundo lugar hacía poco probable que el voto individual incidiera en el resultado.

El resultado del proceso electoral en términos de participación muestra un incremento en la participación de 4.98% puntos porcentuales con relación a 2006 ubicándose tan solo 0.5% por debajo de la participación de 2000. Las explicaciones pueden ser diversas; para fines de este trabajo, se plantean una serie de hipótesis basadas en el tipo de efecto que las variables causan en la participación electoral bajo el supuesto que las distintas variables actúan de manera simultánea y que, como se plantea al inicio, instituciones y contextos tienen efectos diferenciados en el comportamiento del votante.

² **Rango de Ventaja previo al 11-Mayo: 23.3 (Milenio) a 9.0 (SDP Noticias- Covarrubias)**

Del: 13/5/12 **al:** 16/5/12 **Encuesta :** SDP Noticias-Covarrubias **Muestra:** 1500 **Levantamiento:** Vivienda **Error:** $\pm 2.53\%$ **Enrique Peña Nieto (PRI-PVEM):** 36.0 **Josefina Vázquez Mota (PAN):** 24.0 **Andrés Manuel López Obrador (PRD-PT-MC):** 27.0 **Gabriel Quadri de la Torre (Panal):** 4.0 **No respuesta:** 9.0 **Ventaja:** Peña +9.0 **Preferencias:** Brutas

Del: 15/4/12 **al :** 17/4/12 **Encuesta:** Milenio-GEA ISA **Muestra:** 1148 **Levantamiento:** Vivienda **Error:** $\pm 3\%$ **Enrique Peña Nieto (PRI-PVEM):** 41.2 **Josefina Vázquez Mota (PAN):** 17.9 **Andrés Manuel López Obrador (PRD-PT-MC):** 14.3 **Gabriel Quadri de la Torre (Panal):** 1.5 **No respuesta:** 25.1 **Ventaja:** Peña+23.3 **Preferencias:** Brutas

4. PARTICIPACIÓN ELECTORAL 2012. ALGUNAS HIPÓTESIS

La explicación sobre el incremento en la participación se construye a partir de tres efectos diferenciados: directos, indirectos y contingentes (Anderson, 2007).

Los efectos directos se presentan cuando las decisiones de los votantes son influenciadas por los incentivos que proveen las reglas o el contexto. La actualización del padrón es un efecto directo que juega un papel importante en el incremento en la participación ya que en tanto hay más ciudadanos en posibilidades de votar, se esperaría un incremento en la participación.

En el Proceso Electoral Federal 2012, la actualización del padrón³ permitió que el universo de votantes potenciales pasara de 70,289,483 en 2006 a 78,777,382 en 2012; esto es, en 2012 estuvieron en posibilidad de votar casi 8.5 millones de ciudadanos más que en 2006.

Se habla de efectos indirectos, cuando las estructuras afectan alguna variable interviniente que se convierte en la causa inmediata de la variable dependiente. Para el proceso electoral 2012 se identifican, dos tipos: técnicos e institucionales.

Los efectos técnicos se refieren a las solicitudes de cambio de domicilio presentadas ante el IFE. Se trata de un efecto indirecto porque el cambio de domicilio, en sí mismo, no incrementa la participación pero sí reduce los costos en

³ La actualización del padrón se da a partir de un programa permanente de empadronamiento y renovación de credenciales, así como de los procedimientos de depuración. Los procedimientos de depuración –con sus respectivos registros eliminados al 31 de diciembre de 2011- son: el Programa para la Detección y Eliminación de Registros Duplicados (1,981,438 registros); el Programa de Bajas por Suspensión de Derechos político-electorales (629,385 bajas con base en notificaciones judiciales); el Programa por Bajas por Defunción reportado por ciudadanos o por el Registro Civil, el Procedimiento Alternativo para dar de baja del Padrón Electoral los registros de ciudadanos fallecidos y el Proyecto de Verificación en Campo de Registros de ciudadanos de 95 años y más en el Padrón Electoral (4,549,158); el Programa de Bajas por Incorporación con Datos Falsos (12,456 registros); el Programa de Detección de Registros con Domicilios Falsos (6,752 registros); el Programa de Verificación de Domicilios con alto número de empadronados (no hubo bajas desde 2010); y, el Programa de Bajas por Cancelación de Trámites (3,728,705 registros). En total, al 31 de diciembre de 2011 se dieron de baja 10,907,894 registros. En lo que respecta a los programas de empadronamiento y renovación, se empadronaron cerca de 3.5 millones de nuevos votantes y se renovaron 13 millones 322 mil credenciales 03, 11 millones 735 mil de las cuales registraron nuevo domicilio y 1,587 mil corrigieron datos.

los que tiene que incurrir el votante para acudir a las urnas. Así, siguiendo con la teoría, es más probable que los ciudadanos acudan a votar si la casilla que les corresponde está en la misma sección electoral que su domicilio. El efecto es aún más amplio si se considera que muchos de los votantes que actualizaron sus datos consideran su credencial de elector sólo un medio de identificación⁴ y se vieron obligados a renovarla ante la amenaza de que sería dada de baja. Si bien no hay datos para calcular el impacto del cambio de domicilio en la participación, resulta relevante destacar que entre 2007 y 2012 se registró el cambio de domicilio de 11 millones 735 mil ciudadanos entre aquellos que debieron renovar credencial 03; a esa cifra, hay que añadirle el de los ciudadanos que hicieron el cambio de domicilio de manera voluntaria.

El segundo efecto indirecto es de carácter institucional. Como se plantea anteriormente, el tipo de elecciones -si son presidenciales o intermedias- y el ciclo electoral -si las elecciones locales concurren con las federales- han resultado tener un peso explicativo importante en la participación y abstención electorales. Como muestra la Tabla 1.1, la participación se incrementa sistemáticamente en cada elección presidencial con respecto a la intermedia inmediata anterior, sosteniéndose el argumento teórico, que liga el tipo de elecciones con un aumento en la participación.

Para el año 2012 se realizaron elecciones locales concurrentes con las federales en 15 entidades⁵. En tanto la media nacional de participación fue de 62.7%; en las entidades con elecciones concurrentes, la media de participación fue de 64.71%, dos puntos porcentuales por encima de la media nacional y más de cuatro puntos del promedio de participación de las entidades sin elecciones concurrentes -

⁴ El razonamiento es que si los votantes consideran el valor que tiene su credencial de elector como instrumento para la participación en los procesos democráticos es más probable que sean aquellos que, de ser necesario, actualizarían sus datos. Aquellos ciudadanos que sólo utilizan su credencial para identificarse, no tienen incentivos para mantener actualizada su información en el Padrón.

⁵ Campeche, Colima, Chiapas, Distrito Federal, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, México, Morelos, Nuevo León, Querétaro, San Luis Potosí, Sonora, Tabasco y Yucatán.

60.16%. La concurrencia de las elecciones tiene un impacto en el nivel de participación y, con las reformas para la adecuación de calendarios, se esperaría que se mantenga esta relación positiva con una cantidad mayor de estados concurrentes.

Los efectos contingentes muestran que el efecto de alguna variable estructural en el comportamiento del elector se fortalece o debilita dependiendo de la presencia de una tercer variable. En esta categoría se ubica la percepción de la competitividad en la elección presidencial. Si bien al inicio de las campañas la distancia entre votantes probables para los candidatos en primer y segundo lugar dejaba poca probabilidad de que el resultado se modificara, la intervención de Enrique Peña Nieto en un foro para candidatos presidenciales en la Universidad Iberoamericana modificaron la percepción en torno al triunfo indiscutible del candidato del PRI. Como resultado del incidente, se da un incremento en la movilización de diversos sectores, algunos de ellos ya movilizados y con demandas claras, que exigen democratización de los medios y muestran su rechazo al candidato del PRI y a la cobertura de los medios de comunicación tradicionales.

La movilización, el aumento en la cobertura mediática y la presencia en redes sociales de las demandas y acciones de ciudadanos que participaban en los diversos movimientos alteró la balanza de pagos de ciudadanos y actores políticos, modificando la racionalidad del voto y generando efectos diferenciados.

Tuck (2008) argumenta que los electores pueden ser racionales al votar si es que consideran que al menos su voto pertenece al *conjunto de votos con eficacia causal*⁶ aunque sepan que su voto individual no es el que hará la diferencia en el resultado. Brennan (2009) sugiere que el argumento de Tuck se mantiene sólo con

⁶ Es decir, lo más probable en conjunto necesario para ganar una elección. Si la diferencia en el primer y segundo lugar en una elección presidencial es de 20%, ese porcentaje es el que conforma el conjunto de votos con eficacia causal. Son los que dieron realmente la victoria al ganador.

aquellos votantes que no sólo desean un ‘buen’ resultado electoral sino que también desean ser causalmente responsables de él⁷. La racionalidad del voto estaría entonces determinada por la siguiente fórmula:

$$U_i = p(i \in K) \times V_i(i \in K)$$

Donde:

U_i = La utilidad esperada de votar

$p(i \in K)$ = La probabilidad de que el voto individual sea miembro del *conjunto de votos con eficacia causal*

$V_i(i \in K)$ = La utilidad de que el voto sea miembro del *conjunto de votos con eficacia causal*

Dado que la utilidad es una función personal, el argumento de Tuck muestra que es racional para algunos individuos votar en algunas ocasiones; cuando les importa lo suficiente ser *causalmente efectivos* en el resultado de la elección (Brennan, 2009). Si los votantes creen que son parte del grupo que puede hacer la diferencia y, en dado caso, ser parte de dicho grupo es importante para ellos, votar será racional. El cálculo estará mediado por los costos de votar y la utilidad de hacer cualquier otra cosa que no sea votar el día de las elecciones.

Los argumentos planteados en este trabajo suponen que a partir de mediados de mayo, disminuyeron los umbrales de los costos de información -debido a la movilización política de los partidos y ciudadanos- y de los costos de oportunidad -debido a las acciones institucionales- (Brennan, 2009). (p. 320)

El costo de votar nunca es cero, pero si éste disminuye y a la vez aumenta la utilidad esperada de votar al considerar más probable que el voto individual será parte del conjunto con eficacia causal, es plausible pensar en que aumentaría la participación, al menos en algunos grupos

Bajo este esquema, los votantes ‘de izquierda’ asistirían a las urnas, al considerar que tenían probabilidades de ganar a pesar de lo que dijeran las encuestas nacionales -que acusaron de estar manipuladas.

Por su parte, la estructura del PRI se movilizó por las mismas razones. Muchos votantes priistas no habrían asistido a las urnas debido a que no tenían incentivos para votar; su candidato era el puntero y parecía que la diferencia era irreversible, la probabilidad de que su voto hiciera la diferencia era casi cero. En este contexto, ¿cuál sería el objeto de pagar los costos de votar cuando, sin importar la acción individual, se recibirá el beneficio de que gane el candidato preferido? Frente a las movilizaciones contra su candidato y el acenso de López Obrador en las encuestas, el PRI tuvo incentivos para activar sus redes y llamar al voto de forma más agresiva.

Asimismo, otros grupos cercanos al PAN habrían visto en este escenario mayores incentivos para votar ya fuera para apoyar a su candidata en un contexto en el que la elección era un juego de tres o para evitar que se redujera el margen entre el candidato de las izquierdas y el candidato del PRI.

El cálculo individual de las probabilidades que tienen los candidatos de ganar las elecciones y de que el voto personal pertenezca al grupo con efectividad causal se hace en medio del *ruido* de las campañas, los medios y las interacciones diarias con la familia, amigos o compañeros de trabajo. El *ruido* dificulta el cálculo con información conflictiva y, en ocasiones, de procedencia dudosa. Bajo este supuesto, los tres grupos de electores, al enfrentarse al *ruido* en el proceso político, no habrían logrado formar un cálculo informado sobre las probabilidades del triunfo de su primera preferencia. Las encuestas coincidían en que el candidato

del PRI-PVEM iba al frente pero los márgenes variaban considerablemente; existían, asimismo, discrepancias en términos del candidato que ocupaba el segundo lugar. En medio de estas inconsistencias, el discurso de diversos actores se centró en acusar a las casas encuestadoras de no presentar datos verdaderos por lo que, *a pesar de lo que dijeran las encuestas*, su candidato o candidata era quien iba arriba o en un cercano segundo lugar.

Así, el *ruido* alteraría el cálculo de los votantes, quienes tendrían que haber integrado su percepción sobre las probabilidades de que su primera preferencia ganara sin información confiable. Si los votantes llegaron a la conclusión de que su candidato era el puntero o que, al menos, ‘seguía en el juego’ es más probable que sintieran que su voto era importante para ser parte del grupo con efectividad causal sobre el resultado de la elección.

Los electores de Josefina Vázquez Mota tuvieron razones para considerar que su candidata tendría oportunidad de ganar debido a las características de las elecciones con tres candidatos, pudieron haber considerado que era necesario votar en contra de Peña Nieto, a favor de Peña Nieto, en contra de López Obrador, a favor de López Obrador, o votar por cualquiera de ellos para reducir la diferencia entre los candidatos de ser ellos quienes iban a la cabeza.

Posibles ordenamientos de un simpatizante panista

JVM > EPN = AMLO
JVM > EPN > AMLO
JVM > AMLO > EPN
JVM = EPN > AMLO
JVM = AMLO > EPN

Bajo estas consideraciones, cualquiera que fuera el ordenamiento de aquellos que preferían a Josefina Vázquez Mota, tenían razones para presentarse a la casilla y emitir su voto.

Para el caso de los votantes que consideraban que el candidato de izquierda era quien iba a la cabeza o quien tenía oportunidad de quitarle el triunfo aparentemente inamovible a Peña Nieto sucede lo mismo. Si los votantes de la coalición de izquierdas consideraban que su candidato tenía probabilidades de ser el que iba a la cabeza y era necesario votar para que no lo alcanzara la competencia, si creían que iba en segundo lugar y era necesario votar para pasar al candidato puntero, si creían necesario votar a favor o en contra de Vázquez Mota, o votar a favor o en contra de Peña Nieto si es que su cálculo les informaba que su candidato preferido iba en tercer lugar.

**Posibles ordenamientos de un simpatizante de
izquierda**

AMLO > JVM = EPN
 AMLO > JVM > EPN
 AMLO > EPN > JVM
 AMLO = EPN > JVM
 AMLO = JVM > EPN

Los votantes afines a Peña Nieto en su ordenamiento de preferencias, no tendrían, de acuerdo con la teoría, incentivos para votar ya que su candidato aparentemente tenía asegurada la victoria. Sin embargo el *ruido* también habría tenido un efecto en estos votantes y en la movilización de la estructura del partido⁸. Como resultado del impacto mediático-político de los movimientos Anti-EPN, Pro-AMLO, aquellos que señalaban a Televisa y OEM como impulsores de la campaña de Peña Nieto y, aquellos que intentaban apelar a los indecisos, entre otros, se modificó el cálculo de los simpatizantes de Peña Nieto, considerando que su voto podría tener eficacia causal en darle el triunfo a Peña Nieto si es que la elección llegara a cerrarse.

⁸ Si bien a n no e p blican la re ol cione de la Unidad de Fi cali aci n del IFE q e podran mo rar da o en orno a la la can idad ipo de aci idade reali ada , dicha informaci n podra corroborar la hip e i de la mo ili aci n de la e r c ra del par ido. La prop e a no e lejo de la din mica e ra gica de c alq ier campa a pol ica c ando e percibe q e la diferencia en re el candida o p n ero el eg ndo l gar e red ce.

**Posibles ordenamientos de un
simpatizante PRI-PVM**

EPN > AMLO = JVM

EPN > AMLO > JVM

EPN > JVM > AMLO

EPN = JVM > AMLO

EPN = AMLO > JVM

El incremento del ruido y de la incertidumbre sobre el estado real de la elección modificaron el cálculo de algunos ciudadanos haciendo más racional asistir a las casillas al considerar que podrían ser parte del grupo de votantes con eficacia causal. Ni Tuck ni Brennan discuten los efectos que puede tener el ruido en el cálculo racional, pero esta exposición sigue su discusión con base en el argumento de Anderson (2007) en torno a que los contextos afectan los recursos e incentivos con que cuentan los ciudadanos.

Esta hipótesis sobre la modificación en el cálculo de los actores en función del ruido y otros límites cognitivos podría incluso extenderse para modelar el cálculo de los que se abstuvieron. En los ordenamientos de preferencias presentados no se incluyó otro ordenamiento posible: EPN = JVM = AMLO. Si el ruido y los límites cognitivos modificaron o confirmaron este ordenamiento para algunos electores, es natural y racional que se abstuvieran. Estos electores potenciales no deseaban ser parte del grupo con efectividad causal puesto que tampoco les importaba que ganara un candidato sobre de el otro.

El cálculo racional está limitado por sesgos cognitivos, falta de información y datos contradictorios, es decir, por la forma en que se desarrolla la toma de decisiones en casi todos los escenarios no-controlados. Los electores se vieron obligados a tomar una decisión de este tipo y, el cálculo, los llevó a considerar relevante su participación en el proceso electoral.

5. CONSIDERACIONES FINALES

El análisis del Proceso Electoral Federal 2012 a partir del peso de instituciones y contextos en el comportamiento del votante da espacio para la reflexión, a partir del peso explicativo de cada una de las variables, en torno a el tipo de cambios que, de realizarse, tendrían un impacto importante en la participación.

Si bien a lo largo del presente trabajo se plantean las hipótesis, se requiere generar un modelo para ponerlas a prueba y definir su peso explicativo. Sin embargo, hay elementos tanto teóricos como empíricos para afirmar que los tres tipos de efectos aquí descritos –directos, indirectos y contingentes- tienen un impacto relevante en la participación electoral 2012.

¿Qué tipo de variable genera mayor participación? Aún no hay elementos para cuantificar el peso explicativo, sin embargo, es claro que mientras las variables institucionales y técnicas mantendrán un efecto constante –partiendo del supuesto de que mientras más ciudadanos estén en condiciones de votar y el costo de votar se reduzca habrá mayor participación-, las políticas, dado su carácter coyuntural, tendrán efectos diferenciados en el futuro. Como sostiene Brennan (2012), para evaluar cómo se comportan los votantes, se requiere combinar una teoría normativa de cómo deberían comportarse con una de cómo, de hecho se comportan.

La hipótesis que dio origen a este trabajo se centraba en que el incremento de la participación se debía, fundamentalmente, a los factores técnicos: la gente acudió a votar en mayor proporción que en las elecciones anteriores porque podían hacerlo al tener credencial vigente y actualizada en su domicilio o sección. El contexto de las campañas modificó el escenario y, con el, la balanza de pagos de los votantes potenciales generando incentivos para votar en prácticamente todos los sectores. Esto es, si bien las variables técnicas tuvieron un peso fundamental, la coyuntura movió a votar a ciudadanos que, en otro contexto, difícilmente lo habrían hecho.

Si las hipótesis aquí planteadas se confirman y se estima su peso explicativo, mostrarían la necesidad de apostarle a los factores institucionales como los mecanismos idóneos para incrementar la participación y mantener una participación estable restándole peso a las variables políticas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Anderson, C. J. (2007). The interaction of structures and voter behavior. En D. J. Russell, & H.-D. Klingemann, *The Oxford Handbook of Political Behavior* (págs. 588-609). Oxford: Oxford University Press.
2. Blais, A. (2000). *To Vote or Not to Vote?: The Merits and Limits Rational Choice Theory*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

12. Chapman, R., & Palda, K. (1983). Electoral turnout in rational voting and consumption perspectives. *Journal of Consumer Research* (9), 337-346.
13. Chen, T. (2011). Uncovering the micro-foundations of turnout and electoral systems. *Electoral Studies* (20), 295-308.
14. Cox, G., & Munger, M. (1989). Closeness, expenditures and turnout in U.S. House elections. *American Political Science Review* (83), 217-231.
15. Dalton, R. (1996). *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Western*. Londres: Chantham House.
16. Dittrich, M., & Johansen, L. (1983). Voting turnout in Europe, 1945-1978: myths and realities. In H. Daalder, & P. Mair, *Western European Party Systems*. London: Sage Publications.
17. Downs, A. (1957). *An economic theory of Democracy*. New York: Harper.
18. Filer, J., & Kenny, L. (1980). Voter turnout and the benefits of voting. *Public Choice* (35), 575-585.
19. Filer, J., Kenny, L., & Morton, R. (1993). Redistribution, income and voting. *American Journal of Political Science*, 37 (1), 63-87.
20. Fornos, C., Power, T., & Garand, J. (2004). Explaining voter turnout in Latin America, 1980 to 2000. *Comparative Political Studies* (37), 909-940.
21. Fowler, J. (2004). Habitual voting and behavioral turnout. Paper presented at the Annual PCS Conference, Baltimore, March 2004.
22. Franklin, M. (2004). *Voter turnout and the dynamics of electoral competition in established democracies since 1945*. Thousand Oaks, Calif.: Sage Publication.
23. Gallego, A., Rico, G., & Anduiza, E. (2011). Disproportionality and voter turnout in new and old democracies. *Electoral Studies*, 1-11.
24. Gray, M., & Caul, M. (2000). Declining voter turnout in advance industrial democracies, 1950 to 1997: the effects of declining group mobilization. *Comparative Political Studies* (33), 1091-122.
25. Greene, K. (2009). Images and Issues in Mexico's 2006 Presidential Election. In J. Domínguez, C. Lawson, & A. Moreno, *Consolidating Mexico's Democracy: The 2006 Presidential Campaign in Comparative Perspective* (pp. 246-267). Baltimore: The John Hopkins University Press.
26. Hansen, T. (1994). Local elections and local government performance. *Scandinavian Political Studies* (17), 1-30.
27. Hart, A. (2012). Can candidates activate or deactivate the economic vote? Evidence from two Mexican elections. Preparado para la reunión anual de la *American Political Science Review*. New Orleans.
28. Hoffman-Martinot, V. (1994). Voter turnout in French municipal elections. In L. Lopez-Nieto, *Local Elections in Europe*. Barcelona: Institut de ciencies politiques i socials.

29. Hogan, R. (1999). Campaign and contextual influences on voter participation in state legislative elections. *American Politics Quarterly* , 27 (4), 403-433.
30. Holzner, C. (2007) Voz y voto: participación política y calidad de la democracia en México. *América Latina Hoy*, 45, Universidad de Salamanca. Salamanca.
31. Jaime-Castillo, A. (2009). Economic inequality and electoral participation. A cross-country evaluation. Trabajo preparado para la Conferencia del Comparative Study of the Electoral Systems (CSES). Toronto.
32. Karp, J., & Banducci, S. (1999). The impact of proportional representation on turnout: Evidence from New Zealand. *Australian Journal of Political Science* , 34 (3), 363-377.
33. Ladner, A., & Milner, H. (1999). Do voters turn out more under proportional than majoritarian systems? The evidence from Swiss communal elections. *Electoral Studies*. (18), 235-250.
34. Lau, R., & Pomper, G. (2001). Effects of negative campaigning on turnout in U.S. senate elections, 1988-98. *Journal of Politics* , 63 (3), 804-819.
35. Louth, J., & Hill, L. (2005). Compulsory voting in Australia: Turnout with and without it. *Australian Review of Public Affairs* , 6 (1), 25-37.
36. Lyons, W., & Alexander, R. (2000). A tale of two electorates. *Journal of Politics* (62), 1014-34.
37. Matsusaka, J., & Palda, F. (1993). The Downsian voter meets the ecological fallacy. *Public Choice* , 77, 855-878.
38. Miller, W., & Merrill Shanks, J. (1996). *The new American voter*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
39. Milner, H. (2009). Does Proportional Representation Boost Turnout? A Political Knowledge-based Explanation. Presentado para la Conferencia de Comparative Study of Electoral Systems (CSES). Toronto.
40. Morales Garza, M., Millán Valenzuela, H., Ávila Eggleton, M., & Fernández García, L. (2011). *Participación y Abstencionismo Electoral en México*. México: CONACYT/IFE/UAQ.
41. Norris, P. (2002). *Democratic Phoenix: Reinventing political activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
42. Oberholzer-Gee, F., & Waldfogel, J. (2001). Electoral acceleration: the effect of minority population on minority voter turnout. NBER working paper, 8252 NBER .
43. Owen, G., & Grofman, B. (1984). To vote or not to vote. The paradox of nonvoting. *Public Choice* , 42, 311-325.

44. Perea, E. (2002). Individual characteristics, institutional incentives and electoral abstention in Western Europe. *European Journal of Political Research* (41), 643-673.
45. Pérez-Liñán, A. (2001). Neoinstitutional accounts of voter turnout: moving beyond industrial democracies. *Electoral Studies* , 20 (2), 281-197.
46. Power, T. (2009). Compulsory for Whom? Mandatory Voting and Electoral Participation in Brazil, 1986-2006. *Journal of Politics in Latin America* , 1 (1), 97-122.
47. Preuss, G. (1981). The effects of density and urban residence on voter turnout. *Population and Environment* , 4 (4), 246-265.
48. Simonovits, G. (2012). Competition and turnout revisited: The importance of measuring expected closeness accurately. *Electoral Studies* .
49. Verba, S., Schlozman, K., & Brady, H. (1995). *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
50. Zimmer, T. (1976). Urbanization, social diversity, voter turnout and political competition in the U.S. elections: analysis of congressional districts for 1972. *Social Science Quarterly* , 56 (4), 689-697.
51. Informe sobre el estado de Padrón Electoral y la Lista Nominal de Electores en respuesta a la solicitud formulada por el Partido Revolucionario Institucional. Dirección Ejecutiva del Registro Federal de Electores. Abril 2012.